

***Hombres y mujeres velasquistas, 1934-1972:* una conversación con Catalina León Galarza, Tatiana Salazar y Patricio Moncayo**

*Hombres y mujeres velasquistas, 1934-1972: Talking with
Catalina León Galarza, Tatiana Salazar, and Patricio Moncayo*

*Hombres y mujeres velasquistas, 1934-1972: uma conversaço
com Catalina León Galarza, Tatiana Salazar y Patricio Moncayo*

Ximena Sosa

Investigadora independiente

Quito, Ecuador

<https://orcid.org/0000-0001-9601-6522>

<https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2943>

Ante todo, agradezco a los colegas Catalina León Galarza, Patricio Moncayo y Tatiana Salazar por tomarse el tiempo para leer y comentar mi libro, *Hombres y mujeres velasquistas: 1934-1972*. También agradezco a Santiago Cabrera Hanna por convocar este Diálogo Crítico que enriquece la conversación académica. Mis respuestas están divididas en dos partes. Primero, contesto los puntos que tanto Catalina como Tatiana han recalcado, ya que ambas tratan sobre el género. Y luego respondo a los puntos destacados por Patricio.

Uno de los puntos que Tatiana encuentra problemático es la falta de diálogo con otros autores sobre la masculinidad. Mi libro utiliza tres categorías teóricas: género, cultura política y memoria colectiva, todas entrelazadas con el populismo clásico de Velasco Ibarra. De tal manera que no fue mi intención hacer una revisión teórica sobre ninguno de estos conceptos. Menciona los estudios de Matthew Gutman como si no hubieran sido citados en el libro (p. 77). También nombra el trabajo de Xavier Andrade, que está enmarcado dentro de otro tipo de masculinidad, más bien asociado con la cultura popular de Guayaquil, enmarcado en la década de los 80. En este sentido, la masculinidad de un populista clásico como Velasco Ibarra es diferente a la de un escritor como Pancho Jaime. De tal manera que no era necesario incluirlo en el debate. Adicionalmente, hay un elemento de la caracterización del populismo que es crucial entenderlo,

y es la relación asimétrica que mantiene un líder populista con sus seguidores. Las jerarquías existentes entre los opositores políticos también están desarrolladas en la competencia que enfrentó Velasco Ibarra en sus campañas electorales y sus presidencias (capítulos uno y dos). Finalmente, en un libro anterior analicé dos tipos de masculinidades y estoy trabajando en otro artículo sobre este tema.¹

Por otro lado, si bien es cierto que el libro no se adentra en las relaciones complejas de género, sí hace referencia a cómo esa masculinidad aristocrática intelectual fue construida (p. 90). Conuerdo con Tatiana al expresar que las masculinidades son cambiantes. Sin embargo, sostengo que cuando se construye una figura política que perdura tantos años, esta debe poseer elementos de permanencia que obviamente tiene variaciones en las diferentes tácticas y estrategias que Velasco Ibarra y sus partidarios políticos utilizaron para reclutar votantes letrados en las cuatro campañas (capítulo dos). A lo largo del libro, señalo las diferentes imágenes construidas por Velasco Ibarra que le sirvieron para identificarse con los seguidores o para que sus opositores lo rechazaran como político. Empero, como indica Catalina León Galarza, sería interesante ir desmenuzando estas imágenes construidas a lo largo de sus presidencias, asunto que podría ser profundizado. Adicionalmente, Catalina menciona “los mal llamados líderes carismáticos”, pero no hace ninguna referencia académica ni una explicación de por qué son mal llamados o qué propondría para una diferente conceptualización de estos líderes políticos. Desde mi perspectiva, la mayoría de los líderes políticos son carismáticos, sean o no populistas (pp. 17-22). No obstante, como indico, el carisma no es la única característica de los líderes populistas (pp. 86-88).

También explico cómo las relaciones de género fueron cambiando, en algunos casos se mantuvieron en la confrontación, como con la mayoría de los estudiantes de la Universidad Central del Ecuador, que luchaban por la autonomía de las instituciones de enseñanza superior. Pero también hubo, como en todo contexto histórico, diferentes posiciones de los seguidores y opositores velasquistas, en las que se dieron renegociaciones entre el mandatario y los diferentes sectores de los que trata el libro. Por ejemplo, la relación asimétrica de Velasco Ibarra con los ferroviarios fue bastante compleja, pero sí se llegaron a renegociaciones en las que también intervinieron mujeres (pp. 231-236).

Conuerdo con Catalina en que la feminidad es parte de “identidades o relatos personales o grupales de los agentes sociales”, tema que probablemente necesitaba mayor clarificación en el libro. En este mismo contexto, las posturas

1. Véase Ximena Sosa-Buchholz, “The Changing Images of Male and Female in Ecuador: José María Velasco Ibarra and Abdalá Bucaram”, en *Gender and Populism in Latin America*, ed. por Karen Kampwirth (University Park: The Pennsylvania University Press, 2010), 247-266; Ximena Sosa, “Masculinity and Populism in Ecuador: The Case of José María Velasco Ibarra (1930s-1970s)”, inédito.

de las mujeres seguidoras de Velasco Ibarra y de Galo Plaza en la campaña de 1960 son diferentes.² Sin embargo, las mujeres velasquistas sí intervinieron en la política, ya sea por defender los ideales de sus maridos, padres o hermanos o porque sus ideas concordaban con ellos. Y cito: estas mujeres “creían, como su líder populista, que la mujer podía involucrarse en la política sobre todo para purificarla, lo cual está ligado con la idea de que las mujeres como, así como su líder, eran guardianes morales de la sociedad” (p. 177). De esta manera se aplica la transición “patriarcado privado” a un “patriarcado público” acuñado por la historiadora Mrinalini Sinha, que es utilizado a lo largo de todo mi trabajo.

Adicionalmente, la memoria colectiva juega un papel importante en esta percepción del involucramiento de las mujeres velasquistas en la política. Esta memoria colectiva estaba reflejada en manifiestos, cartas y entrevistas realizadas por o a estas mujeres. Ahí se refleja cómo estas mujeres seguidoras del líder populista clásico se identificaban a sí mismas. Sin embargo, Catalina no coincide con esta concepción de las mujeres velasquistas, y alude a la noción de negación simbólica de Pierre Bourdieu. Ciertamente, este sería un tema que habría que estudiarlo más ampliamente.

Es importante destacar que el libro no es sobre género, es una unión del populismo, asunto que es primordial entender en la política ecuatoriana, y cultura política, memoria colectiva y también género. Pero concentrarse solo en elementos teóricos de género utilizados o no en este estudio es mirar parcialmente la contribución del libro.

Los comentarios de Patricio Moncayo tienen un matiz más global de mi obra. Resalta, entre muchos puntos, la cultura política del velasquismo, enmarcada en una heterogeneidad y, al mismo tiempo, en una inestabilidad producida, en mucho, por el carácter explosivo de Velasco Ibarra. Yo añadiría que pese a esa inestabilidad, también se dio una continuidad que logró, a través de redes clientelares, que tanto hombres como mujeres mantuvieron viva su imagen de “salvador de la patria”. Y que, de esta manera, se logró renegociar acercamientos con varios sectores de la población votante con el objeto de candidatizar cinco veces a Velasco Ibarra.

Patricio destaca la distancia sutil que este líder populista mantiene tanto con los liberales como con los conservadores. Por una parte, abraza el Estado laico de los liberales, y por otra, corteja a los conservadores con la educación superior, sobre todo con la creación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en 1946. En este sentido, concuerdo con Patricio, que para el expresidente “la democratización de la educación superior era una afrenta a

2. Ximena Sosa, “Mujeres en la campaña presidencial de 1960: participación política, clases sociales y religión católica”, en *Historia de[sde] mujeres*, ed. por Andrea Aguirre y Tatiana Salazar, en prensa.

la aristocracia intelectual de la que Velasco se sentía connotado integrante”.

Al recorrer los capítulos pertenecientes a los grupos estudiados, Patricio menciona la continua disputa entre los integrantes de ideología de izquierda y Velasco Ibarra. Este hecho se desarrolla a lo largo del libro, tanto con los profesores como con los estudiantes, los obreros rurales y urbanos y los artesanos; los ferroviarios y los choferes. Esta pugna permanente, que enriquece el análisis de una política dinámica, contribuye a entender cómo los diferentes actores, hegemónicos y subalternos, tuvieron un papel en la construcción de una democracia, al decir de Patricio, de “distintas percepciones”. Por parte de Velasco Ibarra, una democracia delegativa; y, por parte de los sectores de izquierda, ligada a “la acción directa” plasmada en “huelgas y protestas callejeras”. En ese sentido, yo agregaría que la relación entre el populismo y la democracia ha sido muy discutida. Empero, mantengo que esta relación compleja tiene varias aristas. Entre ellas, la posición de Chantal Mouffe y Benjamin Arditi, quienes argumentan que el populismo tradicionalmente ha sido considerado como una amenaza a la democracia.³ Otros académicos arguyen que el populismo es compatible con la democracia. Por ejemplo, el sociólogo Carlos de la Torre asegura que el populismo es el resultado de una forma particular de la incorporación política del pueblo en la comunidad nacional. La lucha entre el pueblo y la oligarquía es de naturaleza maniquea y ética. Entonces, la democracia es entendida como una acción y movilización de las masas de parte de un líder, en vez de considerarla como las normas y procedimientos democráticos liberales.⁴ Si se mira al populismo en ambas caras, se tienen las dos posturas. La democracia es constitucional y debe incluir, por lo menos, las instituciones y los derechos ciudadanos, pero cuando estos elementos no están presentes, la democracia se deteriora. De tal manera, cuando el gobierno es percibido como incompetente, el pueblo expresa su descontento, situación de la que el populismo se puede beneficiar. Así, desde mi punto de vista, el populismo más bien es una manera de recordarnos que la democracia no está funcionando.

En conclusión, agradezco nuevamente los comentarios de los tres académicos, sobre todo sus sugerencias de literatura que no fueron incluidas en el libro. Invito nuevamente a profesionales de la historia a profundizar los temas analizados y sobre todo continuar investigando posibles explicaciones de por qué el populismo en sus diferentes variantes sigue siendo un fenómeno persistente en América Latina.

3. Chantal Mouffe, “The ‘End of Politics’ and the Challenge of Right-wing Populism”, en *Populism and the Mirror of Democracy*, ed. por Francisco Panizza (Londres / Nueva York: Verso, 2005), 50-71; Benjamin Arditi, “Populism as an Internal Periphery of Democratic Politics”, en *ibíd.*, 72-98.

4. Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience* (Athens: Ohio University Center for International Studies, 2000), 141.